

LA ENFERMEDAD JAPONESA

Oswaldo de Rivero (*)

La economía en recesión, el desempleo más alto que nunca, bancos plagados de malos préstamos, corrupción, escándalos en las altas esferas financieras, profesionales emigrando al extranjero. ¿Un país en desarrollo cualquiera? No, el Japón de comienzos del siglo XXI.

La hoy alicaída prosperidad japonesa es el epílogo de lo que en diciembre de 1960, el entonces primer ministro Hayato Ikeda llamó: «Plan para doblar el ingreso individual». Textualmente el Plan prometía: «doblar el PNB, alcanzar el pleno empleo a través de oportunidades de trabajo, y elevar el estándar de vida de nuestro pueblo». El motor político de este plan fue el conservador Partido Liberal Democrático (PLD), unido a una coalición también conservadora que le daba mayoría permanente en la Dieta y que dejaba un pequeño espacio político para las minorías partidarias opositoras. (1)

El Plan del PLD impulsó un pacto estratégico y otro social. Según el pacto estratégico, Estados Unidos se encargaba de la defensa del Japón conservando sus bases militares y ahorrando así a los japoneses enormes recursos durante la guerra fría, recursos que fueron dedicados a convertir al Japón en la más grande plataforma exportadora del Asia y del mundo. El pacto social consistió en el paternalismo de una clase político-tecnócrata estatal unida al mundo de los negocios, donde políticos, burócratas e industriales y financistas manejaban, casi sin transparencia, las conexiones entre business y fondos públicos con la aquiescencia del pueblo japonés, a cambio del pleno empleo y de un crecimiento constante de los ingresos personales. Nació así lo que muchos occidentales llamaron con admiración «el milagro de la armonía japonesa».

El Estado japonés de los conservadores del PLD era una especie de gran hormiguero protector que daba empleo permanente, protegía a agricultores, pequeños propietarios y sobre todo a grandes empresas constructoras, inmobiliarias, manufactureras y financieras, muchas de las cuales se convirtieron en verdaderos imperios transnacionales. Para el sistema creado por PLD, la competencia -especialmente la extranjera- era considerada como una amenaza a la armonía

japonesa. Con el tiempo el Japón se convirtió en un gran «**pork barrel**», (2) expresión anglosajona que quiere decir, «repartija de fondos gubernamentales para lograr beneficios políticos». En efecto, el sistema del PLD fue el protectorado norteamericano, la exaltación del negociado y de un **homo economicus** conformista con empleo desde la cuna hasta la tumba. Sólo una voz se levantó contra este sistema, Yukio Mishima, incorruptible intelectual de la derecha japonesa, que se hizo el **harakiri** delante de todos los cadetes de la Escuela Militar en protesta por la muerte del espíritu de honestidad y honor **samurai**.

En su reciente libro «**Dogs and Demons**» (Perros y demonios) el japonólogo americano Alex Kerr nos narra, con cierta tristeza y enojo, que la principal fuente de financiamiento del pacto social japonés de los años sesenta fue sobre todo la industria de la construcción. El gobierno se convirtió con sus socios privados de la construcción en un sembrador de cemento a través de todo el país. El Estado cementero japonés (**doken kokka**) gobernado por el PLD fue un verdadero Godzilla marchando sobre el bello paisaje japonés. En efecto, a cualquier parte que se vaya hoy en el Japón se verán gigantescas autopistas, puentes, túneles, carreteras, represas. Cemento en las colinas, cemento en las montañas, una costa cementada al sesenta por ciento, cada río desviado de su cauce o represado en concreto, cada pequeña aldea con un centro cívico, sala de conferencias y museo de concreto, aunque no haya nada importante que exhibir. Todo este frenesí de cemento fue parte de un intrincado sistema de subsidios estatales, favores políticos, corrupción, falta de transparencia que se hizo con la aquiescencia de la mayor parte de la población japonesa. (3)

Hoy, con el colapso del sistema PLD, un malestar espiritual se expande en el Japón. Según **Newsweek**, la falta de transparencia, la repartija y el conformismo ha provocado un éxodo de muchos japoneses creativos y rebeldes al exterior. La enfermedad japonesa no es pues sólo económica sino también cultural. Yusichi Sakamoto, uno de los mejores compositores, se fue a Nueva York, Sakai Yuku, el mejor conjunto de danza moderna del Japón se fue a París. El mejor jugador de baseball, Ichiro Suzuki, se marchó a Seattle. Muchos ingenieros inventores también se han marchado, sobre todo a los Estados Unidos. «Yo estaría de acuerdo que mis mejores estudiantes se vayan al extranjero porque en nuestras universidades todos tienen que ser iguales, no se promueve la excelencia. Tal vez esto sea bueno

para la estabilidad, pero no es bueno para la creatividad», afirma el profesor Heisuke Hironaka de la Universidad Yamaguchi. (4)

Este éxodo es parte sin dudas de una vasta crisis cultural que está erosionando una sociedad japonesa donde millones de japoneses crecieron en un ordenado y predecible mundillo nipón, protegidos y conformistas, en el cual no había lugar para gente creativa que tomara riesgos y fuera contra las reglas establecidas de la «armonía» japonesa. Si bien es verdad que el Japón cuenta todavía con notables intelectuales, según **Newsweek**, «éstos están perdiendo la paciencia con el conformismo japonés, con su burocracia y su economía moribunda».

Esta sociedad conformista ha tenido erupciones de insospechada criminalidad como la de la secta Aum Shiririkyo (Verdad suprema) que fumigó, nada menos que con gas letal Sarin, el metro de Tokio, causando una buena cantidad de muertos y heridos. Lo que más llama la atención es que dentro de esta secta se encontraban personajes altamente educados, científicos, ingenieros y médicos, es decir la élite surgida del contrato social del Plan Ikeda. El novelista japonés Haruki Murakami, que investiga a esta secta y asimismo el sentido que tiene la vida individual en este mundo de conformidad, considera que hay una enfermedad espiritual en su país. Según este escritor, la desaparición del mito de la eternidad del éxito económico japonés habría creado la perversa secta Aum Shiririkyo, que considera que el mundo japonés es el mal personificado y que hay que purificarlo destruyéndolo. Por otro lado, muchos de sus entrevistados, inclusive fuera de la secta, consideran que el materialismo y la conformidad habrían adormecido la capacidad de la gran mayoría de japoneses para cambiar su sociedad y también para preocuparse por lo que pasa en el mundo entero. (5)

En efecto, las violaciones masivas de derechos humanos, la democracia y la corrupción no son temas prioritarios de la política exterior japonesa. Kazuo Ohgushi, especialista en América Latina, confesó en una reciente entrevista que el gobierno japonés no da tanta importancia a los derechos humanos y a la democracia, y que esta posición es ayudada por la indiferencia y mala información de la población japonesa. (6) El Japón, hasta ahora la segunda potencia económica mundial, es en realidad una suerte de potencia política enana en comparación con las posiciones internacionales que asumen otras potencias medianas como Francia, la Gran Bretaña, Alemania, España, Canadá y los países nórdicos respecto a la democracia, los derechos humanos, la

corrupción y otros temas políticos y conflictos internacionales. Al Japón le ha importado más sus exportaciones de autos, la explotación masiva de los bosques tropicales, de los mares del mundo... y la caza de la ballena, que las violaciones de los derechos humanos, los atentados a la democracia y la corrupción en el mundo y por consiguiente en el Perú. Según una reciente denuncia de Green Peace, la diplomacia japonesa no ha vacilado en condicionar su ayuda a ciertos países pobres para evitar una moratoria contra la caza de la ballena. (7)

En todo caso, el pueblo japonés se preocupa más de lo que pasa en su entorno asiático y tal vez de lo que pasa en los Estados Unidos que de lo que pasa en el resto del mundo. En el caso del Perú, la imagen que tienen en sus mentes la mayoría de los japoneses es que un japonés gobernó bien a ese lejano país de América Latina y salvó a su embajada de extremistas. Por otro lado, desde el punto de vista económico el Perú tampoco es hoy importante para los intereses comerciales del Japón, que son los que más interesan en ese país. Las exportaciones japonesas al Perú en 1998 sólo totalizaron 370 millones de dólares. Además, el stock de la inversión directa privada del Japón en el Perú entre 1993-2000 sólo sumó 87,71 millones de dólares. El Japón viene así a ser un inversionista mucho menos importante que España, Estados Unidos, Gran Bretaña, Panamá, Holanda, Canadá, Chile y Argentina. Algo que nunca reveló públicamente el fugitivo Fujimori. (8)

Dentro de este contexto de desinformación e indiferencia sobre los derechos humanos, la democracia y la corrupción, y de poco interés económico en el Perú, se plantea la controversia de Fujimori y Aritomi. Para que este escándalo injustificable por el Derecho Internacional -que afecta la soberanía y el honor del Perú- se convierta en un escándalo internacional que afecte también al Japón, se necesita, aparte de las gestiones bilaterales diplomáticas, como lo afirmó el doctor Kazuo Ohgushi, movilizar la opinión pública internacional y japonesa, algo que todavía no se ha hecho y que es importante lograr, ya que el pacto social establecido en los años sesenta por el PLD enfrenta hoy una crisis política, económica y cultural, y no es más un ejemplo global ni nacional.

Hoy parece que comienza a surgir en el Japón la necesidad de cambiar una sociedad basada en negocios cuasi-secretos, subsidios, favores personales, corrupción, conformismo y desinformación. El pacto social de Ikeda de los años sesenta está

haciendo agua y significa una enfermedad espiritual, cultural, económica y política para ese país. Se comienza a sentir malestar en el Japón y también cierta rebeldía política. En efecto, hoy el nuevo y carismático primer ministro Jurichiro Koizumi, es el primer leader del PLD que reconoce esta situación, y jura y perjura que transformará su partido y su país en una sociedad moderna y abierta al mundo. Sin duda si así fuera, la protección absurda que se hace de Fujimori y Aritomi cesaría. Sin embargo, una cosa son los no conformistas discursos y el pelo largo del jovial Koizumi y otra cosa es cambiar los hábitos de medio siglo de falta de transparencia del PLD y de conformismo en millones de japoneses. Su tarea no será fácil, pero ¿por qué no ayudarlo lanzando una campana internacional para hacer conocer nuestra justa causa ante la opinión publica mundial y japonesa?

Notas:

- (1) Ian Buruna, **New York Review of Books**. 5 de julio del 2001.
- (2) **Ibid.**
- (3) Alex Kerr. **Dog and Demons: Tales from the Dark Side of Japan**. Editorial Hill and Wang.
- (4) **Newsweek**. 2 de Julio del 2001.
- (5) Haruki Murukami: **Underground: The Tokyo Gas Attack and the Japanese Psyche**. Editorial Vintage.
- (6) Entrevista en Radio Programas del Perú. 19 de Julio del 2001. Boletín del Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú.
- (7) **Le Matin**. Ginebra 26 de Julio del 2001
- (8) Jetro (Japan External Trade Organization). 12 de mayo de 1999. Inversión Directa Extranjera. Conite. Junio del 2000.
- (*) Diplomático peruano. Reside en Ginebra